

EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

Año I.

Sábado 24 Noviembre 1906.

Núm. 47.

Catequística.

(Continuación).

Además de las anteriores figuras personales, hay otras figuras reales en la antigua Alianza, representativas de varias propiedades y ministerios del Mesías, y que se han realizado en Jesucristo.

Una de estas y de las más principales (no contando el Arca de Noé, porque ya se dijo de ella arriba), es el Cordero Pascual.

Ordenó Dios á Moisés que en cada familia se escogiese un cordero de un año, y sin mancha, que lo matasen, y con su sangre rociasen los postes y dinteles de las puertas de la casa; que lo comiesen asado al fuego, y con pan sin levadura (ázimo), para cuya comida debían estar los judíos de pie, con el cinturón puesto, calzados los zapatos, y haciendo de prisa la comida como quien está dispuesto á viajar.

En aquel día, día de la salida de los Israelitas de Egipto, llamado día de Pascua, que significa tránsito, debía pasar el Angel del Señor y dar muerte á los primogénitos de Egipto, excepto á los de aquellas casas que viera rociadas con sangre del Cordero, que eran las de los Israelitas. En efecto, el Angel dió muerte á los primogénitos de los Egipcios, de tal manera, que en cada casa había un muerto, lo cual llenó á Faraón y á sus súbditos de tan grande terror y espanto, que á toda prisa pidieron á los Hebreos que abandonaran aquel país.

Tal es el llamado Cordero Pascual. Y, para conmemorar este hecho extraordinario, ordenó Dios á los Judíos, que todos los años, en el mismo día en que eso sucedió, ó sea, el día catorce del mes de Marzo (el Nisán de los Judíos), celebrasen la fiesta de

la Pascua, la más solemne de sus fiestas, y en ella comiesen el Cordero (1).

Que este Cordero Pascual es una muy cumplida figura de Jesucristo, cosa bien clara es.

La limpieza y nitidez del Cordero, símbolo es de la santidad del Hijo de Dios. La virtud de su sangre para libertar de la muerte á los Israelitas, símbolo es de la infinita virtud de la sangre de Jesucristo para libertar de la muerte á todos los que estén lavados con la gracia que, al derramarla en la Cruz, nos ha merecido. Pues el estar el Cordero asado al fuego, ¿quién no ve que representa el fuego del amor en que fué tostado el Cordero de Dios, Cristo Jesús?

Al Cordero Pascual no se le habían de romper los huesos, como tampoco se los rompieron á Jesús, sinó que un soldado le traspasó el costado con una lanza. Debía el Cordero ser comido por familias, lo cual ¿qué otra cosa creemos que habrá de representar sinó que Jesucristo quiere ser, por medio de la caridad y de la Sagrada Eucaristía, lazo de unión entre las familias y razas del mundo, y ser el verdadero alimento del cielo, no sólo para los individuos, sinó también para todas las sociedades? Si los Israelitas se hubieran descuidado en comer el Cordero y en rociar sus puertas con la sangre de él, hubieran fenecido y sus almas se hubieran borrado del libro de la vida; y eso mismo sucederá á los hombres y á los pueblos: Si no comieren la carne y bebieren la sangre del Hijo del hombre, no podrán tener vida verdadera (2).

El Cordero Pascual solamente podía ser comido por los circuncidados, y la Sagrada Eucaristía sólo puede ser recibida por los bautizados, en cuanto es sacramento.

Por estas grandes semejanzas que el Cordero Pascual tenía con Nuestro Señor Jesucristo, es por lo que el Bautista dijo al ver á Jesús: Ese es el Cordero de Dios, el que quita los pecados del mundo (3). Lo cual está conforme con lo que pedía Isaías: Envía, Señor, el Cordero dominador de la tierra, al monte de la hija de Sión (4); y con lo que dice San Pablo: Que Jesucristo se ha inmolado, como Pascua (Cordero Pascual), para nosotros, (5);

(1) *Exodo*, cap. 12, todo.

(2) *San Juan*, 6, 54.

(3) *San Juan*, 1, 29 y 36.

(4) *Isaías*, 16, 1.^o

(5) 1.^a Carta á los Corintios, 5, 7.

y con lo que dice San Juan: Vi un Cordero que estaba como muerto, cuyo Cordero es digno de recibir la virtud, y la divinidad, y la sabiduría y la bendición; y de que nos alegremos todos en las bodas que celebra con su esposa, que es la Iglesia de los santos (1).

—

El maná es otra muy tierna y muy significativa figura de Jesucristo, porque lo es de la Eucaristía en la que está Jesucristo real y verdaderamente. Era el maná un alimento bajado del cielo aéreo, de color blanco, como la nieve, y de dulce sabor, como de harina mezclada con miel, y que caía entre el campamento de los Hebreos todos los amaneceres, excepto en el del Sábado, que por esta razón podían tomar el viernes dos medidas. Con este pan milagroso alimentó Dios á los Israelitas los cuarenta años que duró su peregrinación por el desierto (2).

Jesucristo dijo de sí mismo: Yo soy el pan vivo que bajé del cielo. Vuestros padres (de los judíos de aquel entonces) comieron el maná en el desierto y han fallecido; pero quien come de mi pan vivirá eternamente.

Todos sabemos que lo que fué para los Hebreos el maná material en su peregrinación por la Arabia, eso es, y mucho más aún, para las almas, el maná divino de la Sagrada Eucaristía, en la marcha que llevan de peregrinos por la Arabia de la temporal vida, hasta arribar á la eterna y feliz tierra de promisión. Aquel maná bajó del cielo aéreo, y del cielo empíreo vino el Eucarístico maná; aquel maná era dulce al paladar del cuerpo, y dulcísimo es éste al paladar del alma; sin aquel maná hubieran muerto de hambre los Hebreos en el desierto, y sin este maná habrían muerto de hambre todas las almas en el viaje de este mundo, verdadero desierto y campo de desolación sin la vida que le presta el Corazón de Jesús Sacramentado.

—

La serpiente de bronce es figura también de Jesucristo, cosa que el mismo Jesucristo la confiesa.

Comenzó á fastidiarse el pueblo israelítico del tan largo y trabajoso viaje por el desierto, así como también de la comida del maná; y empezó á quejarse de Dios y de Moisés, porque lo ha-

(1) *Apocalipsis*, 5, 6 y 12, y 19 y 27.

(2) *Exodo*, 16, 14 y 15.

bían sacado de Egipto. Para castigar este pecado mandó el Señor muchas serpientes, cuya picadura quemaba como fuego, y era tan venenosa que todos los que eran picados morían. Al ver tanta mortandad asustóse el pueblo Hebreo, y, arrepentido, se presentó á Moisés y le dijo: Pecamos, porque hemos hablado contra el Señor y contra ti: ruega que nos levante este castigo de las serpientes. Y oró Moisés por el pueblo, y le dijo el Señor: Fabrica una serpiente de bronce y levántala como señal: el que siendo mordido (por las otras serpientes de fuego) mirase á ésta, vivirá.

Construyó, pues, Moisés una serpiente de bronce, y la levantó como señal; mirando á la cual los heridos sanaban» (1).

Que esta serpiente de bronce es figura de Jesucristo, lo confiesa El mismo con estas palabras: Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así conviene que sea levantado (en lo alto de la cruz) el Hijo del hombre, para que todo el que crea en El no perezca, sinó que tenga la vida eterna (2).

Fácilmente se comprende, en verdad, que las serpientes que mordían á los Hebreos, y que con sus mordeduras hacían horrible mortandad, por ser incurable la herida, son figuras del pecado mortal, y, especialmente, del original; cuyos pecados son heridas mortales para las almas de los pecadores; y, por el contrario, la serpiente de bronce, con cuya vista sanaban los mordidos, es figura de Jesucristo clavado en la cruz, que es remedio de nuestros mortales pecados y antídoto contra todas las enfermedades del alma. También hay esta otra semejanza: que, así como la serpiente, que daba la vida, tenía forma de serpiente, pero era de metal y de construcción y virtud milagrosas, así Jesucristo, que es la fuente de nuestra sobrenatural vida, tiene la forma de hombre, como los hombres pecadores, pero ni es pecador ni es hombre sólo, sinó Dios verdadero, unido por modo sobrenatural é inefable á la forma, esto es, á la naturaleza humana.

De lo cual se deduce que la serpiente de bronce, y lo mismo las otras cosas de que hemos hablado, y otras muchas, que por brevedad omitimos, son figuras que representan muy á lo vivo á Nuestro Señor Jesucristo y sus divinas cualidades y ministerios.

Es, pues, evidente que el pueblo judío tenía noticia clara del

(1) *Libro de los Números*, cap. 21; vers. 4 al 9.

(2) *San Juan*, 3, 14 y 15.

Mesías prometido, y anunciado con tanta precisión por las promesas, las profecías y las figuras del Antiguo Testamento. Conocía el pueblo escogido la familia, de que había de nacer Jesús; conocía su nombre, la ciudad y la época en que debía venir al mundo, y conocía los milagros que había de obrar, la santidad de la vida de que había de dar tan esplendorosas demostraciones; conocía su pasión, su afrentosa muerte y su resurrección, su ascensión á los cielos, y su obra divina de la fundación de la Iglesia, como reino de abundosa é inalterable paz; abierta al universo mundo, para que entren en él todos los hombres á gustar por anticipado las dulcedumbres celestiales de la futura y eterna gloria.

(Continuará).

Reflexiones sobre el Evangelio.

Dominica XXV ó última (XXIV) después de Pentecostés

Hemos llegado á la última semana del año eclesiástico: justo es que nos detengamos un poco y, echando una mirada retrospectiva, reflexionemos sobre lo pasado para prepararnos mejor á la última semana de nuestra vida; esto es: al tremendo juicio que después de la muerte nos espera. Ya nos lo previene la misma Escritura: *Memorare novissima tua et in aeternum non peccabis.* «Acuérdate de tus postrimerías y jamás caerás en pecado.

Ved ahí por qué nuestra Madre la Iglesia, á fin de inspirarnos el temor de Dios, ese santo temor que es principio de la verdadera sabiduría, la de la santidad, nos recuerda hoy el fin que han de tener todas las cosas, juntamente con la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo á juzgar á los hombres. Es más: predice las señales inequívocas que han de preceder, tan tremendas que sola su lectura espanta, y de cuyo cumplimiento, no obstante, nos certifica el mismo Jesucristo en las últimas palabras del presente Evangelio: *En verdad, en verdad os digo, pasarán los cielos y la tierra, pero mis palabras no pasarán.*

Grandezas humanas, monarquías poderosas, leyes autorizadas con los sellos más sagrados, decretos, costumbres... todo está sujeto á revolución, todo se altera con el tiempo, todo se muda, y al fin... todo se pasa. *Nada hay estable bajo el sol,* dijo el Rey sabio; sólo Dios es inmutable.

Corrómpase cuanto se quiera la palabra de Dios con falsas interpretaciones; fórmese cada uno á su gusto un método de conciencia cómodo é indulgente; parezca por el no uso que no existen las máximas santas del Evangelio...; siempre será verdad que no estamos en este mundo sino para trabajar en el negocio de nuestra salvación, que es el único que nos debe importar: *Una sola cosa es necesaria*; el Señor lo ha dicho, y pasarán los cielos y la tierra, pero su palabra no.

Siempre será verdad que *es estrecho el camino de la vida*; que *hay pocos que vayan por él*; que *es menester llevar todos los días nuestra cruz*; que *hemos de hacernos violencia para ganar el reino de los cielos*: son palabras de Jesús que siempre subsistirán, aun después que pasen, como han de pasar, los cielos y la tierra.

Siempre será verdad que el Evangelio es la única regla de las costumbres; que el espíritu y las máximas del mundo son enteramente opuestos á las máximas y al espíritu de Cristo; que en vano es que cualquiera se lisonjee de pertenecer al número de sus discípulos, si vive según los consejos del mundo, porque *ninguno puede servir á dos señores*: al mundo y á Dios. El lo ha dicho, y pasarán los cielos y la tierra, pero sus palabras nunca pasarán.

En fin: siempre será verdad que es preciso dar á Dios cuentas *de los talentos* que El nos otorgó; *de todo el bien* que se debía haber hecho y no se hizo; *de todo el mal* que se ha hecho, y aun *de las palabras ociosas*; que *hemos de morir*, sin que sepamos *dónde ni cuándo*; que con la muerte se acaba todo, sin que podamos llevar con nosotros más que *las obras buenas ó malas, con arreglo á las cuales se nos pagará...* Palabras son éstas de Dios, que nunca pasarán. Y aun cuando la relajación de costumbres debilite la fe, y el libertinaje sofoque á veces los sentimientos de la religión..., no importa: las verdades del Evangelio no envejecerán jamás.

¿Qué es lo que trastornó á Santa Teresa de Jesús, hasta hacer de ella un Serafín de la tierra, gloria de nuestra España, sino la meditación y convencimiento de esta verdad que nos ocupa, traducida en sus clásicas palabras: *Todo se pasa; Dios no se muda?*

He aquí, pues, el filón que debemos explotar si de veras queremos conseguir el fin último para que fuimos creados. Si queremos en la otra vida gozar de Dios, menester es que vivamos

ahora unidos á El; porque no es de esperar que, despreciándolo aquí y viviendo de El tan separados como pegados á las criaturas, nos conceda después una gracia extraordinarísima, como á San Pablo, para atraernos á sí. No, lo ordinario es que, cual se vive, así se muere, *sicut vita, finis ita*; y por consiguiente, si uno vive ahora separado de Dios, corre inminente peligro de quedar para siempre privado de su vista.

Ea, pues: despéguese nuestro corazón de las riquezas; que no constituyan, por decirlo así, el ideal y único blanco de nuestras aspiraciones en los negocios y cargos á que nos dediquemos; no nos metalicemos ¡por Dios!, ni palpite nuestro corazón al compás del sonido del dinero. Que ¿por qué?... Todo eso se pasará á la hora de nuestra muerte; sólo Dios no se muda, que nos tiene prometidas otras riquezas sin fin.

Tampoco se vaya nuestro corazón tras un polvillo de honra, ni tras los honores, dignidades ó altos puestos con que el mundo nos suele brindar; ni ambicionemos cualquier sombra de preponderancia sobre otros, sólo por el gusto y vano contentamiento de ser superior á ellos..., que siempre es más seguro obedecer que mandar, y al fin, esos honores, esas dignidades, esa superioridad, esos tronos, se acaban con la muerte: sólo Dios no se muda.

En fin: sujetemos con fuertes frenos los ímpetus y deseos de nuestra carne; que no se cebe en los goces de este mundo ni corra tras los placeres que en dorada copa se nos presentan por encubrir mejor el veneno que en sí encierran; porque además de esto, que no es poco, tienen la particularidad de ser en extremo pasajeros y momentáneos, y, por mucho que durasen, al fin morirían con la muerte; sólo Dios no se muda. *Coelum et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt.*



Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

A este testimonio extrínseco se allega otro intrínseco, vivo y eficaz, que el mismo Dios nos manifiesta por medio de la voz secreta que hace resonar en el fondo de nuestra conciencia.

En este punto, Dios es el cooperador, y como el cómplice fiel de su Iglesia en la obra de llamar y alistar almas bajo la bandera

de la fe y el estandarte de la salvación. Porque su gracia divina busca de continuo á los que andan perdidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, enviándoles rayos de luz, con los cuales, iluminando sus inteligencias, les descubre los precipicios del mal, la hermosura incomparable de la virtud y los caminos de la eterna verdad y de la suprema bienaventuranza. De esta manera viene moviendo y excitando, y como impeliendo á todos á que entren por los caminos de la salvación; y como ordinariamente los hombres se extravían y pierden más por la depravación de la voluntad y por la corrupción de las pasiones, que por la ignorancia del entendimiento, á la claridad de su luz añade el suave impulso con que mueve el corazón, y le enciende y anima para obrar el bien, y le aficiona y arrastra hacia sí con las cadenas dulcísimas del amor; y no para ni descansa hasta que, por medio de la posesión y del conocimiento de su fe, entren de una vez por la senda de su salvación y felicidad verdadera. Y después de entrados en este real camino, y traspasados de las tinieblas al reino de su luz admirable, aun los continúa iluminando y confirmando y esforzando á que perseveren en esta fe, no desamparando á nadie, si él mismo no se desampara y se obstina en desoír su voz y en salirse del reino de la luz, de la verdad y de la vida, para precipitarse en el abismo del error y de la muerte.

Porque esta santa y divina fe, guía y maestra de nuestra vida, enseña de salud y de salvación, destructora de todos los vicios, madre fecunda y engendradora de todas las virtudes; confirmada con el nacimiento, vida y muerte, resurrección y divina sabiduría de su autor Jesucristo, y con sus prodigios y profecías; adornada y enriquecida con toda suerte de grandezas y prerrogativas; esclarecida con las predicciones de los profetas, con el lustre de los milagros, con la constancia de los mártires, con la gloria de los santos; gobernando al mundo con leyes sapientísimas, y cobrando mayor fuerza y vigor del hierro de las persecuciones, ha recorrido el mundo, y señoreándolo con la enseña vencedora de la cruz; y destruída la dominación de los falsos dioses, y arrolladas las tinieblas de los errores, y derribados y puestos bajo sus pies todos sus enemigos, ha iluminado con la luz del conocimiento de Dios todos los pueblos y naciones, y las ha sometido al yugo suavísimo de Cristo, anunciando á todos la paz y la abundancia de todos los bienes. Todos los cuales testimonios y credenciales,

resplandecen con tal fulgor de celestial sabiduría, que no hay entendimiento de hombre que, parando en ellos su atención, no concluya que la fe cristiana es verdaderamente obra de Dios. Por lo cual, la misma humana razón, coligiendo clara y manifiestamente de tantos y tan firmes argumentos, que Dios es el autor de esta fe, no tiene que hacer sino, depuesta toda duda y dificultad, prestarle plenísimo acatamiento, teniendo por cierto, que todo cuanto esta fe enseña y propone á los hombres como regla de sus creencias y de sus acciones, es enseñanza del mismo Dios, y al propio tiempo prorrumper en tierna y devota acción de gracias á Dios, de quien nos viene el don de la fe, como todo bien y don perfecto. Nada, en verdad, más justo, nada más conveniente y saludable que excitar nuestras almas á conocer, apreciar y agradecer á Dios el don inestimable de la fe, por el cual somos llamados al reino de los santos y á la herencia de su bienaventurada luz y felicidad; nada más loable y provechoso que guardar en nuestro corazón pura é inmaculada esta fe de Dios y confesarla valerosamente en todos tiempos y delante de todos los hombres, puestos los ojos en Jesucristo, autor y consumidor de esta fe, que la infunde en nuestras almas, y la aumenta y robustece por los méritos de su misericordiosa Redención, y la acaba, perfecciona y consuma con el premio de su gloria y eterna bienaventuranza.



DEL ALTAR DE MARÍA Á LA GUILLOTINA

De una casucha, casi cabaña, de Amiens, salía mañana y tarde un hermoso muchacho. Había aprendido de boca de su madre á amar á María, y por esto todos los días concurría á la iglesia de los Carmelitas para desahogar todos los afectos de su inflamado corazoncito ante la Reina del Carmelo, hermosa pintura venerada allí por todo el pueblo. Veíasele y se le admiraba recogido, como un ángel, delante de aquella efigie; y el pueblo, que en él fijaba su vista, se veía obligado á pensar cómo se elevaban de aquel corazón inocente, cual el suave perfume del lirio, las fervientes oraciones y alabanzas á la Virgen María.

Este hermoso niño es aquel que después la historia de Francia conoció bajo el glorioso nombre del Padre Fermín. Nacido de

padres artesanos se vió obligado á procurarse la subsistencia con el sudor de su rostro, y, sin embargo, todas sus aspiraciones eran las de subir un día al altar para ganar á Dios innumerables almas.

Y el Señor había escuchado los vehementes deseos de aquel joven corazón y los había escuchado, justamente al pie del altar de María.

El Prior del convento observó, repetidas veces, el fervor con que oía la Santa Misa ante aquel venerando altar, y adivinando el deseo que aparecía en sus bellos ojos azules, fijos siempre en la amada imagen, le llamó un día y le preguntó: «¿Te agradaría ser hijo de María y vestir el santo hábito del Carmelo?»

¿Ser hijo de María? ¡Ah! Este era el complemento de sus deseos; pero jamás había pretendido exteriorizarlos, porque le parecía una dicha celestial, de la cual se consideraba indigno.

Y, sin embargo, esta felicidad le era ofrecida cuando menos la esperaba.

En el éxtasis de su alegría no pudo responder más que con un himno oculto de reconocimiento, que se desprendía del corazón, acompañado de las más dulces lágrimas de gratitud á Dios y á la Reina del Carmelo.

Llegó al fin á ser Carmelita.

Se le vió, henchido de una gran felicidad celestial, bajo el nombre de Padre Fermín, y cuando el grave sonido de la campana del convento rompía el silencio nocturno, invitando á los monjes á levantarse y orar, él era el primero en correr al altar del Señor; y cuando las tenues tintas del ocaso daban paso á la plateada luna que plácida salía á brillar en el cielo, todavía se movían los labios del piadoso Carmelita para pronunciar alabanzas en loor de aquella que es más perfecta que la luna.

Su corazón estaba contento y de la profundidad de su hermosa alma se desbordaban vivas acciones de gracias á Dios, fuente de todo consuelo.

Pero el joven hermano, no debía disfrutar por mucho tiempo de la tranquila paz del Carmelo. Desde el altar de María, ante el cual había llegado á ser feliz, debía pronto encaminarse al terrible suplicio de la guillotina.

Oíanse ya los lejanos gritos de la loca y frenética ira revolucionaria. El grito de «Libertad, Igualdad y Fraternidad», resonaba de uno á otro lado de la Francia, y la persecución, á manera de

violento huracán, estalló contra los hijos predilectos de Dios. No fué olvidada la pequeña Amiens. Cesó la oración en aquella dulce soledad del Carmelo y los religiosos dispersos huyeron prófugos por los caminos del mundo, teñidos de sangre de hermanos, con el triste presagio en su corazón de ser víctimas, en breve, de la ferocidad humana.

El Padre Fermín besó por última vez el bendito umbral del sagrado recinto y se escondió á los ojos de los impíos.

.

Es media noche. La intensa obscuridad de la selva no es interrumpida, ni por la pálida luz de la luna, ni por los temblorosos rayos de las estrellas. El temporal, que de cada vez más arrecia, dobla y desordena las ramas de los más densos y corpulentos árboles. Voces mil, en tono amenazador, parecen mezclarse con los golpes del huracán, y hasta las marchitas hojas del otoño, en tanto son llevadas en alto para caer después sobre la tierra, parecen estremecerse á cada movimiento, llenas de venganza y de ira.

Se oyen sordos truenos en el oscuro camino, iluminado de vez en cuando por la siniestra luz de los rayos y relámpagos, y se descubre un solitario viajero que camina con apresurado paso.

De elevada estatura, su persona va envuelta en una larga y oscura capa, y mientras avanza, parece que se le ve crecer con la oscuridad y con el huracán. ¿Quién es este solitario caminante? ¿Es un fugitivo que trata de ocultarse á la justicia y esconderse en la densa selva, ó es un pobre portador de un secreto mensaje?

No: un relámpago ilumina una pequeña colina y el solitario pasajero se detiene: cruza sus manos y pronuncia con todo el fervor de su corazón: *Deo gratias*.—Es la voz del Padre Fermín. Pocos pasos más lo conducen á una pequeña casa escondida en medio de la selva. Llama á la puerta y en el momento es recibido. ¡Oh! ¡qué dicha tan grande! Toda la familia sale á su encuentro, besa sus dos manos, se arrodilla para recibir su bendición y después, hecha un mar de lágrimas, le conduce en silencio á la cabecera de un moribundo. Es el cabeza de familia. El Sacerdote del Señor le administra los auxilios de la Religión, y su palabra penetra como benéfico bálsamo en aquella alma y anima al moribundo en aquel supremo instante.

Vuelve á tomar su negra capa que le sirve de disfraz, sale de

aquella cabaña y se apresura para ir á administrar á otros los socorros divinos.

El Padre Fermín, expulsado de la soledad del Carmelo, no había olvidado las almas redimidas por Jesucristo, y fuera de su convento va en busca de ellas en la soledad de las selvas, en el silencio, en las vastas campiñas, en la oscuridad de la noche.

Era el Santo de Amiens, el padre de los huérfanos, el Salvador de mil criaturas abandonadas, el consolador de mil y mil desgraciados.

Pero una noche, mientras iluminado por el plácido resplandor de la luna, se dirigía presuroso por la solitaria campiña, tal vez, á llevar el último consuelo de la religión á algún moribundo, dos malvados le detuvieron, y atándole, como á un malhechor, lo condujeron á una lóbrega prisión.

La celda del Carmelo había sido testigo del gozo del santo religioso, y ahora la celda de la cárcel escuchó el gemido del mártir.

El Padre Fermín, que desde sus más tiernos años había jurado á los pies de María consagrar toda su vida al Señor, vió ahora el día de su total y perfecto sacrificio. Pocos días después fué conducido al tribunal revolucionario. ¿Cuál era su delito? «Yo declaro, dice el mártir, ante el cielo y la tierra, que siempre he procurado derramar inefables consuelos en el corazón de mis hermanos afligidos. Errante por los campos, ó consagrandó las vigiliás á hacer el bien en las tinieblas de la noche (porque no me era permitido hacerlo á la luz del día), yo llevaba una vida laboriosa en medio de los bosques y de las soledades, rodeado de peligros, perseguido por el terror. Mi conciencia se halla comprometida por medio de un juramento, no pudiendo mentir en la presencia de Dios».

En aquel día el Padre Fermín se acordó cuando, ante el altar de María, asistía con el fervor de los Santos al incruento sacrificio del Divino Cordero, y por esto, con la fe de los mártires, pudo subir con su propio pie al patíbulo de la guillotina.

El alba del 13 de Abril de 1794 apareció triste al iluminar la pequeña Amiens, y los pedazos de tierra, teñidos por la sangre del mártir, elevaron al cielo sus mudas voces en demanda de perdón.

(Traducción libre de *Il Catechista Cattolico*).



Liturgia.

(Continuación).

Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la donación de la Rosa á los príncipes y poderosos de la tierra no se conoció hasta el siglo XI; y que también la bendición de la Rosa de Oro se hacía con toda solemnidad.

Como hemos visto, la costumbre de enviar la Rosa á algún monarca ó príncipe ha sido debida al gran deseo de la Santa Sede de premiar su adhesión, ó hechos notables en pro de la Iglesia ó por sus virtudes; no queriendo decir con esto que la ofrenda de esta flor se haya de hacer precisamente á reyes y príncipes, pues algunos Sumos Pontífices la han ofrecido á imágenes célebres, como hizo Pío IX que destinó una á Nuestra Señora de Lourdes, otros á iglesias, ciudades, corporaciones, y también alguna vez á nobles y esforzados capitanes, como en España sucedió al importante personaje, gloria militar y política, el Gran Capitan Gonzalo Fernández de Córdoba, quien por haber salvado á la Santa Sede recibió después de la toma de Ostia la Rosa de Oro en 1497 de manos del Papa Alejandro VI.

De los Reyes y Príncipes extranjeros que han sido honrados por los Papas con tan preciosa dádiva, no haremos aquí mención: únicamente enumeraremos los Reyes de España, que son acaso los que más número de veces han sido objeto de esta honrosa distinción por parte de los Papas: así vemos á Alfonso VII recibirla del Papa Eugenio III, en 1152; á Martín I de Aragón, del Papa Bonifacio IX, en 1394; á Juan II de Castilla, del Papa Eugenio IV, en 1416; á Fernando I de Aragón, en 1400; á Juan II de Aragón, del Papa Pío II, en 1460; el Papa Alejandro VI la envió en 1493 á Isabel la Católica, y en 1498 á Felipe, archiduque de Austria, marido de D.^a Juana la Loca; D. Fernando el Católico, rey de Aragón, la obtuvo del Papa Julio, II en 1507; Ana de Austria, última esposa de Felipe II, del Papa Pío V, en 1571; Catalina, hija de Felipe II, del Papa Gregorio XIV, en 1591; Isabel, hija del mismo gran rey, del Papa Clemente VIII, en 1595; Margarita de Austria, esposa de Felipe III, del Papa Clemente VIII, en 1598; Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, del Papa Paulo V, en 1618; la infanta D.^a María, reina de Hungría, después emperatriz y hermana de Felipe IV, del Papa Urbano VIII, en 1630; la reina D.^a María de Austria, del Papa Inocencio X, en 1649; María Luisa Gabriela, primera esposa de Felipe V, del Papa Clemente XI, en 1701; Isabel de Farnesio, segunda esposa de Felipe V, del mismo Papa, en 1714; Isabel II, del gran Pío IX en 1868; agraciando, por último, el inmortal Pontífice León XIII, de santa memoria, en 1886, con la Rosa de Oro, á la Reina Madre de nuestro Augusto

Monarca D. Alfonso XIII, la Archiduquesa de Austria D.^a María Cristina, viuda de S. M. el Rey D. Alfonso XII (q. s. g. h). siendo portador de ella el actual Cardenal Arzobispo de Toledo, Eminentísimo y Reverendísimo Sr. D. Ciriaco María Sancha Hervás, á la sazón Obispo preconizado de Madrid-Alcalá.

De muy buen grado daríamos á conocer á nuestros lectores el ceremonial aprobado en la Corte de España, y que se cumple fielmente en la entrega solemne de la *Rosa de Oro*; pero remitimos al curioso lector á la citada obra de D. Severo Catalina, quien lo publicó en apéndice de la misma.

MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA Llámase este día la *Feria del gran Escrutinio*, porque en la Iglesia Romana, después de las informaciones y exámenes necesarios, se llevaba á cabo en ella la admisión al Bautismo del mayor número posible de Catecúmenos. La Estación tenía lugar en la Basílica de San Pablo extramuros, no sólo por la vasta extensión del edificio, sino también por rendir homenaje al Apóstol de la Gentilidad por el nuevo reclutamiento de soldados para Cristo que estaba dispuesta á hacer la Iglesia en el seno del paganismo. El lector verá con interés y edificación las ceremonias observadas en este día.

Reunidos los fieles y aspirantes al Bautismo en la mencionada Basílica, próximamente al mediodía, inmediatamente se tomaba nota de los nombres de estos últimos, y un acólito los colocaba con orden delante del pueblo, señalando á los hombres el lado derecho, y á las mujeres el izquierdo. A continuación un Sacerdote recitaba á cada uno de ellos la Oración que los hacía Catecúmenos, pues les damos ya este nombre impropriamente y por anticipación: enseguida les hacía la señal de la cruz sobre su frente, é imponía la mano sobre su cabeza; bendecía la sal, que significa la Sabiduría, y la daba á probar á cada uno de ellos.

Después de estas ceremonias preliminares, se les indicaba á los Catecúmenos salieran de la iglesia y permanecieran bajo el pórtico exterior, hasta tanto que se les llamara. Mientras su estancia fuera de la iglesia, los fieles quedaban en ella, y se comenzaba el Introito, compuesto de las palabras del Profeta Ezequiel, en las que el Señor anuncia ha de reunir á sus elegidos de todas las naciones, y derramará sobre ellos agua purificadora para lavar todas sus manchas. El acólito llamaba enseguida por su nombre á los Catecúmenos; que eran introducidos á la iglesia por el portero. Se les separaba de nuevo por la diferencia de sexos, y los padrinos y madrinas se colocaban junto á ellos. El Pontífice cantaba enseguida la Oración, después de la cual, previamente invitados por el diácono, los padrinos y madrinas hacían la señal de la cruz sobre la frente de cada uno de los aspirantes que debían fiar á la Iglesia. Los acólitos les seguían y pronunciaban los exorcismos sobre cada uno de los elegidos, comenzando por los hombres y pasando enseguida á las mujeres.

Un lector leía á continuación la Lección del Profeta Ezequiel, cuyas palabras se cumplen en los Catecúmenos, pues el agua pura, de que habla, dentro de breves días ha de limpiarles la mancha de la idolatría; recibirán un espíritu nuevo, un corazón nuevo, y serán para siempre el verdadero pueblo del Señor. Sigue á esta Lección el primer Gradual tomado de las siguientes hermosas palabras de David, en su Salmo 33: «Venid, hijos, oidme: yo os enseñaré el temor del Señor. Llegaos á El y seréis iluminados, y vuestros rostros no serán sonrojados».

En la Oración, que se decía á continuación de esta Lección, pedíase para los fieles el fruto del ayuno cuadragesimal, siendo seguida de una segunda Lección del Profeta Isaías, en la que anuncia la remisión de los pecados á aquellos que reciban el baño misterioso; cantándose el segundo Gradual, tomado igualmente de los salmos de David.

(Continuará.)

Noticias generales.

El día 18 del presente mes tuvo lugar en la Catedral de Burgos el solemne acto de la consagración del nuevo Obispo de Teruel, Ilmo. Sr. D. Juan Antonio Lafuente.

*** El Superior de la Residencia de los Dominicos de Valencia, Fr. Pedro Ricart, ha entregado al Sr. Delegado de Hacienda 15.000 pesetas, que bajo secreto de confesión ha recibido de un sujeto que las sustrajo al Estado.

Don Vicente Galmés, cura párroco de Puebla de Farnals, entregó el lunes 2.500 pesetas, que bajo secreto de confesión se le habían confiado para restituir al vecino de Albalat dels Sorells, D. Tomás Hueso.

Estos son los frutos de la doctrina católica.

¿Cuándo producirá otros tan eficaces para el bien la doctrina de la impiedad?

*** El Obispo de Angers ha publicado en el *Boletín Eclesiástico* de la diócesis una circular ordenando que en todas las Misas que se celebren en todas las iglesias, capillas y oratorios, se predique después de la lectura del Evangelio del día, que oirán de pie todos los fieles, una plática explicando algún punto de la Doctrina cristiana, según el método del Catecismo del Concilio de Trento, y en lo cual no deberá emplearse más que diez á quince minutos.

Digno de imitarse en toda Francia y en todos los países católicos es este ejemplo, pues es la única manera de que la mayoría de los hombres que asisten á Misa, oigan semanalmente un breve sermón.

*** En el Centro de Defensa Social dieron el sábado 17 del actual una importante conferencia los Sres. Trías y Parellada, que, en nombre de los católicos barceloneses, han venido á impugnar ante la Comisión del Congreso el proyecto de ley de Asociaciones.

El salón de actos se hallaba completamente lleno de socios, ávidos de escuchar la elocuentísima y autorizada palabra de los egregios adalides de la doctrina católica.

Presidió el solemne acto el Marqués de Casa-Arno, que tenía á la derecha al Sr. Trías y á la izquierda al Sr. Parellada, y que en breves palabras hizo la presentación de estos ilustres conferenciantes.

La falta de espacio nos impide ocuparnos de los notables discursos de ambos conferenciantes, que fueron entusiastamente aplaudidos.

Santorial.

Día 25, Domingo XXV después de Pentecostés. Stos. Gonzalo, ob.; García, ab. cf.; Stas. Catalina, vg. mr.; Facunda, vg.

Día 26, lunes. Los Deposorios de Nuestra Señora. Stos. Cirilo, pp. cf.; Fileas, Esequio, Teodoro, obs. mrs.; Sta. Delfina, vg.

Día 27, martes. Stos. Basilio, ob. mr.; Facundo y Primitivo, mrs.; Josefát, príncipe; Balaán y Severino, monjes.

Día 28, miércoles. Stos. Grego-

rio III, pp. cf.; Esteban, Basilio Pedro, mártires en Constantino-
pla; Santiago *Piceno*, cf.

Día 29, jueves. Stos. Saturnino, ob. mr.; Paramón, Filomeno, Demetrio, mrs.; Sta. Iluminada, vg.

Día 30, viernes. Stos. Andrés, ap.; Troyano, ob. cf.; Constancio y Zósimo, cfs.; Sta. Justina, vg. mr.

Día 1.º Diciembre, sábado. Santos Próculo y Evasio, obs. mrs.; Eloy, ob. cf.; Simón Cirineo, cf.; Stas. Cándida y Natalia, mrs.